

Las Cadenas del Dogma

Rafael Palma ha pronunciado un discurso a los graduandos de la Universidad de Filipinas, y tan pronto como la prensa local reprodujo ese documento académico lo devoramos con ansiedad. Siempre hemos sentido grandes simpatías por el Hon. Palma, y el hecho de militar él en las filas de la Masonería no ha sido parte para dejar de admirar su honradez y laboriosidad, dignas de encomio especial en estos tiempos donde tenemos los oídos majados de oír tantos relatos de corrupción oficial.

Por el hecho mismo de ser muy elevado nuestro concepto sobre sus cualidades personales y sus virtudes cívicas, lamentamos de todo corazón no contarle entre los Católicos, porque, dada su bien definida personalidad, tendríamos en él un confesor denodado de las enseñanzas y prácticas de la Iglesia, como es ahora un paladín sin embozo de los principios masonícos, de todo en todo opuestos a las doctrinas de nuestro Credo y a las normas de nuestra moral.

En estos tiempos de apocamiento y transigencias, cuando aplicamos la política de balanceo hasta en las relaciones del hombre con Dios, necesitamos contar con ciudadanos bragados que tengan el tesón de llamar a cada cosa por su propio nombre y de amalgamar su conducta pública con la privada, porque si el compuesto humano constituye un solo ser, no se nos alcanza cómo puedan tenerse bajo techado opiniones y proceder contrarios a los manifestados de ordinario y por sistema en la vida de sociedad.

Rafael Palma ha pronunciado un discurso de tono paternal, de atinadísimas observaciones, de consejos oportunos a la juventud universitaria, de sana crítica y de noble intención: espléndido conjunto trabado con la argamasa de la propia experiencia en los largos años de su vida política y gubernamental, cuyas deducciones deja caer al desgaire, para descargo de su conciencia y mayor ilustración del tema desarrollado con rara ingenuidad.

A pesar de ser ésta nuestra sincera opinión, no nos acostamos al parecer de un colega, cuando propone la impresión del discurso en forma de folleto para derramarlo por todas las Islas, a menos de avenirse el autor al retoque de unas "pequeñeces", con cuya supresión nada habría de desmerecer la tesis desarrollada y ganaría, en cambio, muy mucho en la estimación de buen número de miembros de esta comunidad.

Al decir esto, no nos hacemos la ilusión de ver tomada en cuenta nuestra advertencia, ni menos nos figuramos haber de barajarse al cabo las cartas según estas indicaciones, mas colocados por la fuerza de las circunstancias en las avanzadas del Catolicismo y en uso de "la libertad individual para sostener sus propias ideas" recomendada insistentemente por el orador, no querríamos dejar pasar por alto nada lesivo a las creencias de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, cuya defensa jura-

mos con toda solemnidad.

El Hon. Palma habla de las "mentes encerradas dentro de los estrechos límites de la enseñanza sectaria", y como nosotros nos hemos instruido en los centros donde rige el sistema aludido, y tenemos la convicción de haber penetrado con atrevimiento sin rival en los más peligrosos recovecos del campo de la ciencia, y jamás tropezamos con profesor que intentara poner coto a la natural curiosidad por avanzar más y más, quedáramos muy agradecidos a don Rafael si se dignara mostrarnos un solo punto en el cual disfruten los alumnos de la Universidad Oficial de una mayor amplitud de inquisición.

A renglón seguido se felicita de haber "el rígido análisis de los hechos moderado el hábito antiguo de las generalizaciones", pero bueno será recordar que, dice el gran Mercier, "la science n'est pas une accumulation de faits" (la ciencia no es un centón de hechos), o según observa Lapparent, "la science ne commence que quand les faits matériels font place à des abstractions" (allá comienza la ciencia donde los hechos materiales ceden el puesto a las abstracciones), es decir, a las generalizaciones, porque en frase del filósofo Ch.-V. Héris, "le besoin de l'esprit d'expliquer toujours davantage, nous porte à dresser au-dessus de la théorie scientifique elle-même, des synthèses de plus en plus générales et de plus en plus éloignées de l'expérience" (esa necesidad que siente el espíritu de explicar cada vez más, nos lleva a construir, por encima de la teoría científica, síntesis cada vez más generales y cada vez más alejados de la experiencia.) Y basta de citar.

Si, pues, el Hon. Palma quiere "fomentar entre los graduados el ideal de hacer algo práctico, nuevo y original", apartándolos de esa "tendencia muy corriente y fuerte de imitar servilmente", no le queda otro recurso sino formar en ellos el legítimo espíritu científico, el espíritu analítico e inquisitivo, el cual descansa en los gabinetes de experimentación, pero sólo cuando conquista la planicie cimera de las generalizaciones se hace acreedor a la corona de laurel.

De la manera que todos, cuál más, cuál menos, tenemos muletillas de conversación, suelen también las inteligencias más despejadas incurrir en la vulgaridad de repetir algunos lugares comunes, sin primero detenerse a examinar si están o no conformes con la verdad. El Hon. Palma, entendimiento despierto, se ha dejado llevar por ventura del sentimiento anti-religioso de las Logias, y estampa en el cuadro valioso de su alocución este brochazo, impropio de un artista: "Para hacer libre al individuo se ha roto el dogma que encadenaba la conciencia y se ha proclamado la soberanía de la razón."

De haber visto brotar semejante pampirrolada de la pluma de un Sotto (Vicente), de un Calleja (Amando) o de un Pedro Lagasca,

nos habríamos sonreído con indiferencia, por parecemos la cosa más natural, pero hemos sentido pena al tropezar con ella en la oración de don Rafael Palma, repúblico de altura porque desdice manifiestamente de un hombre de estudio, cuyos juicios no deben sentencias pautadas sobre el parecer de los demás.

Nosotros creemos a carga cerrada todas y cada una de las prescripciones dogmáticas del Catolicismo, pero ello no empece que nos permitamos todo linaje de correrías en cualquiera de los cotos científicos, con más miramientos y menos libertinaje, quizá que los letrados de la acera de enfrente, pero disfrutando sin duda alguna de tanta y aun acaso mayor libertad.

Nunca nos sorprendieron los erróneos conceptos de la plebe, ni nos ofenden sus malévolas insinuaciones, pero nos duele que un Rafael Palma, cuya ilustración es indiscutible, crea divisar sobre la cabeza de todo Católico entregado a la ciencia la espada de Dámocles de la excomunión, cuando la razón demuestra

y la historia confirma cuán íntima haya sido en todo tiempo la relación entre las verdades naturales y los principios de la Fe y tan considerable número de inventos lleven el nombre de sapientes afiliados a nuestra religión.

La simpatía misma que sentimos hacia el Hon. Rafael Palma nos impide lanzarle un reto público, como venimos haciendo con cuantos se permiten el lujo de zaherir a media talla las enseñanzas de nuestro Credo o las prácticas de nuestro culto, pero le agradeceríamos de corazón si tuviera a bien aclarar las "pequeñeces" indicadas o retirarlas, en caso contrario, de su provechosa disertación.

En números sucesivos volveremos a la carga sobre tema tan interesante, para ver de probar el dicho del Doctor Gemelli, Profesor de la Academia científico-literaria de Milán: "Il Cattolicismo permette allo scienziato credente tutte le audacie del pensiero." Nada tiene de exagerada la afirmación, como podrá verlo otro día el lector.

LUIS VARGAS.

EN LA PLAYA

Evocaciones

Huyendo una vez más del ruido de la máquina del mundo, que si es vida desbordante, y pregonera, según dicen, de nuestro aventajado progreso y flameante civilización, a mí me fatiga el espíritu, y no me deja vivir la vida nostálgica y silenciosa del recuerdo, héme venido aquí, a esta peña gris, besada por las ondas de ese mar que de día en día más me atrae, sugestionada y encantada; sin duda tal vez porque de día en día, mis pasos más lentos mis movimientos más tardos, mi cabeza más inclinada, me están recordando aquellos versos del poeta:

Nuestras vidas son los ríos
Que van a dar a la mar.

Y aquí estoy, en esta piedra, mi atalaya favorita; desde la cual, al vuelo libre de mi imaginación, pareceme contemplar, como símbolo de una regeneración final, el colosal abrazo, en que se estrechan y confunden, allá a lo lejos, este mundo pequeño donde nos arrastramos y vivimos; y ese otro mundo gigante, inmenso, infinito, en el que giran, rítmicos y esplendentes, ese número sin número de soles, cantando las grandezas del Ser que les dió vida y movimiento, y tras de los cuales el alma, hastiada de las cosas de acá abajo, quiere adivinar el lugar donde toda felicidad tiene su asiento.

Y cuando mis ojos se han embriagado en la contemplación de lo que constituye una de mis más gratas emociones, cual es el ocaso del sol en estas abrilneas tardes; he abierto un libro, para saborear las poesías de

uno de mis predilectos poetas, bañadas de suavidad y dulzura. Pero, bien pronto lo he cerrado, porque las primeras estrofas han hablado a mi alma el lenguaje del pasado: de lo que fué, y ya no volverá a ser más en este mundo; dejándome sumido en honda meditación:

¿Qué flor no se marchita?

.....

¿Qué dichu no se acaba?

¿Qué hora veloz no corre?

¿Qué estrella no se eclipsa?

¿Qué sol nunca se pone?

¿Qué tendrán esas palabras, que así han impresionado mi alma? No lo sé: pero a su conjuro van desfilando ante mi fantasía, confusa y atropelladamente, fechas y escenas, lugares y personas, memorias y recuerdos; y mi mente, vagando a la ventura, sin rumbo ni derrotero fijo, paladea con fruición las melancolías inefables de la poesía, las flores marchitas de que habla el poeta; las dichas que se acaban; las horas felices, felicísimas, que ya pasaron; las estrellas y soles que se eclipsaron y pusieron en el horizonte de mi existencia.

Al fin, fatigada mi imaginación de tanto caminar, queda prisionera y cautiva de un recuerdo, que vive en mí la vida de los grandes recuerdos, de esos que guardamos sagrada y religiosamente en lo más profundo del alma, y que jamás podemos evocar sin sentirnos poseídos de tiernas y misteriosas emociones.

¡El recuerdo del santo, del onomástico de mi adorada madre, que años

hace lo celebra en el cielo rodeada de ángeles, como rodeada de ángeles lo celebró también aquí en la tierra!

¡Oh, el santo de mi madre!... A la evocación de su mágico recuerdo, aún gusto las dulzuras y mieles, las alegrías y placeres purísimos, idílicos, que entonces gustaba; cuando todavía nada sabía de sufrimientos, ni me había visitado el dolor: aún siento correr por todo mi ser una ráfaga, una oleada de vida y entusiasmo: aún palpito mi corazón en esta hora como en aquellos primaverales años de santa, gratísima e inolvidable recordación.

Y en alas del recuerdo me trasladado a aquella casa... a aquel hogar... a aquel nido y santuario, en el que viví los días más felices, y gocé las alegrías más puras de mi vida.

Y solo, en este manso atardecer de Abril, impregnado de la calma y placidez del azul del firmamento y del azul del mar, que está invitando al espíritu a remontarse a las serenas regiones de la poesía y del amor, yo me complazco en evocar con satisfacción infantil, el día del Santo de mi madre; en el que condensamos todos nuestros amores, y todos nuestros afanes y anhelos, y ternuras y delicadezas. Porque ese día fué siempre para los míos, para los del hogar, algo así como es para el cristiano el día grande y solemne del Señor.

Eramos mi padre, aquel varón fuerte que siempre supo, aún en medio de los reveses de la vida, gobernar con serenidad y prudencia el